

las "ideas y sentimientos", entonando una oración de alabanza.

"Europa, tú nos proteges con tu aliento de primavera civilizadora a estas alturas de la distancia. (Como el amor-poesía para siempre).

Y ninguna de cuantas imágenes recoge en los campos de Suiza: "frágiles como una doncella o como una flor", en los palacios de Francia cuyos parques de otoño rodean la evocación de María Antonieta y su agraciada corte; ni sus pensamientos frente a la Gioconda "de reflejos desvaídos", pueden compararse a la emoción que expresa ante las Panateneas, la Victoria de Samotracia y la Venus de Milo.

Jean recorrió a Europa buscando a Grecia como tierna hija que busca a su madre. Y cuando la hubo reconocido y expresó sus impresiones en ese encantador libro que no se parece a ningún otro libro de viajes, sintió que había llegado la hora de abrir su corazón siempre fiel a la poesía: He allí *Las Puertas del Secreto*.

El primer poema está dicho a media voz, tras las puertas del secreto. Nótase la mansa brisa del pueblo natal, envuelta en nubes rosadas, olorosas a clavel y rosas nuevas, pero el mirto de Grecia erguido como un ramo de bronce cruza la carne desnuda del canto, limpio y gracioso en su brevedad. Leído este poema, esta "invocación a Safo", a quien suplica:

¡Sálvame para siempre de temores!
Quiero morir amando pora siempre
El torrencial secreto del amor.

Han quedado abiertas de par en par las rejas que vedaban la alucinante visión de las tormentas. En el tercer poema leemos la palabra Libertad, y esa sola palabra, después de la invocación sublime convoca a la alegría que la hace decir:

Yo te amo Libertad hermosa mía
Te amo porque eres invencible y delicada
Activa en tu humildad indiferente
Tú asistes al secreto del mito del abismo
Y tú mueres de vida legendaria perfecta
Tú eres soplo de júbilo desnudez malherida
Y danzas en el viento danzarina de fuego.

Y así escucha la sangre trajinando en soledad bajo la piel de las consumaciones, y vuelve el recuerdo del huerto familiar al decir: "Sangre viva, de cielo, de guayaba". Pero desde la sangre pasa a decirnos de sombra y de amor y cae en una renuncia a ser fuego, como bacante fatigada que se apoya a una columna abandonada:

¡Para qué estar contigo
Si alas de maravilla
se deshacen inertes
Si un ocaso de pétalos
Dentro del pecho crece?

Oh amor que me rodeas de extraña certidumbre
No estoy triste si digo que el mundo es un delirio
Que tú tienes la llave de mi jardín celeste
Y que tiembla el alma al trazar esta oda.

En el *Canto Libre* entrega la última llave de sus puertas secretas. Es la hora del vértigo, donde se dice sin miedo la palabra Muerte:

Rima, la niña-flor de *Mansiones Verdes*, viene precedida de un amanecer lleno de flores de rocío. Olvidanse los mármoles y las doncellas de la *Corona* de Safo y el aire de las islas se convierte en ráfaga densa de humedad: "Lejana de las músicas del agua". Pero ya no puede identificarse con Rima de la selva, con Rima ceñida por la túnica de telarañas tornasoles. Rima, la del sueño simple que oficia entre serpientes y hormigas obedientes, está mejor "entre cenizas". Jean, lejos ya de los árboles del bosque, se ha entregado a sus sueños legendarios, mientras la adolescente Rima le sonríe desde una flor. Ella y Terry, el perrito asesinado, asoman y desaparecen.

Así va de puerta en puerta, abriendo vistas al corazón, conmovida en sus Elegías y sonámbula en su sueño donde apenas si se nombra al mar, porque agoniza con algo de su agonía. Más cerca de los elementos, en un puro existir su existencia, dice en la Oda a quien con amor escucha:

Tuya es esta muerte mía esta muerte
Tómame como soy ardiente desolada
(visionaria.

nácula y conoce la psicología de su gente. Por eso los chicos que forman su auditorio le escuchan con el alma en la boca y el lector de Montenegro le sigue con el mismo entusiasmo. Algunas de estas narraciones en nada desmerecen de las de don Ricardo Palma, hoy clásicas en nuestra literatura y deberían aparecer en todas nuestras antologías en vez de esos cuentos chistes de los "costumbristas" modernos que nos presentan "huasos" y "chinas" como figuras de cartón. El encanto de los cuentos del tío Ventura está en la intriga picaresca, en la inocencia fingida de los personajes y en la sal del estilo, lleno de refranes, chilenismos, y salidas irónicas. Las primeras líneas de cada relación crean ya la atmósfera necesaria, v. g. ésta de *El Niño del gallo*:

"A una señorita ya algo mayor le dieron una vez un niño huacho para que le sirviera de compañía, pero el indino era tan sin ley que no sabía lo que era tenerle miedo a nada, y ya le estaba haciendo salir canas verdes a la pobre".¹

Su segundo libro, *El Hombre que corrompió a Hadleyburgo* (1933) es la traducción de una serie de cuentos norteamericanos. Los autores incluidos en el volumen son Mark Twain, Ambrose Bierce, Sherwood Anderson, Sinclair Lewis, Ring Lardner, Thyra S. Winslow, y Hemingway. La selección revela un conocimiento concreto y seguro de la literatura de los Estados Unidos y ningún crítico norteamericano podría superarla. Para su tiempo, entonces, es una antología representativa. En el arte de traducir Montenegro se des-

empeña bastante bien, a pesar de las dificultades inherentes a tal ejercicio.

Puritania (1934) es un libro de fantasías y crónicas de la vida norteamericana. Pero es más que esto. Montenegro penetra en la psicología de este pueblo con rara intuición. Ve cosas que sólo los yanquis deberían ver y anticipa acontecimientos con alarmante clarividencia. Al leer esa novela breve incluida en *Puritania* llamada *El secuestro de Rockefeller* he visto una especie de técnica del secuestro y sus resultados tal como aparece más tarde en ocurrencias verídicas. Sus descripciones de la zona minera de California y de las regiones hispánicas de Nuevo México se encienden en líricos fuegos, pues el escritor reconoce en la primera una tradición española-chilena y en las segundas la transición que sufre la raza española en un ambiente de cambios violentos.

Yo que he andado por todas las tierras que visita este autor doy fe de la autenticidad de sus relatos, ya sea al seguir la huella hispánica en California como la francesa en el Canadá, ya sea entre los "hispanos" de Santa Fe o entre las sefardíes de Nueva York. Y en una lejanía de treinta años me sonrió melancólicamente al pensar que Montenegro y yo estuvimos en el mismo lugar presenciando la lucha entre Dempsey y Carpentier, cuando yo no conocía aún al autor de este libro.

Hago esta revisión de impresiones ahora que ha llegado a mis manos el último libro de Ernesto Montenegro: *De descubierta* (1951). Contiene este breve volumen seis ensayos, Crítica-Bibliografía-Estadística; Pezoa Véliz, poeta del pueblo; Integridad de Baldomero Lillo; Apreciación de D. Halmar; La Vida andariega de Pérez Rosa-

les y La Guerra a Muerte, según Vicuña Mackenna. Casi todos estos ensayos habían sido ya publicados, pero ¡cosa rara! todavía en 1952 son de actualidad.

El estudio sobre Pezoa Véliz sirvió de prólogo a la primera edición de los versos del autor de *Tarde en el Hospital*, 1912. Queda definida en este ensayo toda una generación de poetas chilenos entre los cuales Pezoa ocupa el lugar más importante; Montenegro cree en la vena popular de este poeta, aunque es evidente que ha sido tocado por la varilla mágica del modernismo. La originalidad de Pezoa consiste en "la franqueza a veces cruel, a veces brutal, en la expresión de su sentir y su pensar". El origen humilde del poeta y el abandono de su existencia son los factores determinante de su obra. Hay naturalmente excepciones en poemas como *Capricho de artista*, *Romanza de amor*, *Noctámbula*, *Tarde en el hospital*, etc., en que la influencia de Darío, Gutiérrez Nájera o Ada Negri es innegable, pero su expresión más genuina hay que buscarla en *Pancho y Tomás*, *Nada*, *Entierro de campo*, poemas de recia inspiración popular.

Creo que Montenegro ha captado el espíritu de este poeta al transmutar los valores humanos en valores líricos, y aunque yo mismo he señalado influencias literarias cultas en él tengo que reconocer que lo más intenso de su poesía está en el factor nacional. Antonio de Undurraga, autor del libro más completo que se haya escrito sobre Pezoa Véliz concuerda con Montenegro y conmigo en la mayor parte de estas apreciaciones estéticas.

2 Pezoa Véliz, *Biografía, crítica y antología*, 1951.

1 Cuentos de mi tío Ventura, p. 73.